

## CAPITULO V

## MINISTERIOS APOSTÓLICOS

SUMARIO: 1. Una muestra de las misiones que se daban en nuestras ciudades: la de Pamplona en 1660.—2. Misioneros insignes en esta época. Los Padres Tirso González y Gabriel Guillén.—3. Empiezan sus trabajos apostólicos en Extremadura.—4. Misiones del P. Tirso en Navarra.—5. Unido otra vez con el P. Guillén predica en Extremadura y Andalucía.—6. Misiones del P. Tirso en Castilla.—7. Vuelve a misionar en Andalucía y convierte muchos moros.—8. Sus trabajos apostólicos en Galicia.—9. Muere el Padre Guillén en 1675 y es retirado de las misiones el P. Tirso en 1676, pero todavía da algunas brillantísimas en los años siguientes.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. Varias *Relaciones* contemporáneas de las mismas.—2. *Breve itinerario de las misiones que hizo el P. Tirso*.—3. *Itinerario de la misión del P. Guillén y del P. Tirso*.—4. Varias cartas de los PP. Tirso y Guillén.—5. *Catálogos de misiones*.

1. Dejemos el campo de las letras, poco ameno y florido en los tiempos cuya historia escribimos, y pasemos al palenque de los trabajos apostólicos, donde siempre tuvo la Compañía operarios fervorosos que cultivaban sin descanso la viña del Padre celestial. De todas las casas profesas, de todos los colegios y residencias de España, salían con más o menos regularidad algunos misioneros, que sembraban la palabra evangélica por nuestras ciudades y aldeas. Era muy varia la forma de las misiones que se daban; pero el fruto recogido sobrepujaba ordinariamente a todo lo que vemos en nuestros días. Verdad es que esto se debía tal vez, no tanto al mérito de los misioneros, como a la buena disposición del católico pueblo español, el cual, aunque se entregase tal vez a los vicios, no tenía pervertidas las ideas y conservaba en todo su vigor la fe de sus mayores.

Admira sobre todo el copioso fruto espiritual que producían las misiones en las ciudades, misiones que duraban algunas semanas, porque se iba repitiendo la predicación en diversas partes, para que a todos alcanzase la voz del misionero y todos oyesen la invitación del Padre celestial. Para muestra de lo que eran

en el siglo XVII nuestras misiones en las ciudades, presentaremos una breve relación de la que se dió en Pamplona a principios del año 1660. Dice así:

«Escogióse para la mision la parroquia de San Cernin (1), por ser la más capaz y estar en medio del lugar, y adonde acude con más frecuencia la gente a los sermones. Domingo por la tarde [11 de Enero de 1660], salimos de casa con una doctrina muy solemne, cantando el P. Provincial, P. Rector, lectores de teología y todos los demás Padres de casa. Llegóse a la parroquia, adonde aguardaba la ciudad en forma con el Sr. Virrey y Virreina, y publicó la mision el P. Pedro de Salas con una plática muy espiritual y fervorosa.

»El lunes y los tres días siguientes se hicieron pláticas por las tardes, alternando el P. Pedro de Salas y el P. Miguel de Vallarain, con muy buenos auditorios y haciendo la doctrina otros Padres. Por la mañana acudíamos a confesar a la iglesia, aunque no había mucha gente, por ser a los principios de la mision, porque nunca faltaba, y siempre se conocía el fruto de las pláticas y el del acto de contrición que se hizo el lunes, saliendo con una noche muy oscura y tempestuosa por tres partes del lugar, divididos en tres tropas los Padres y Hermanos con un Cristo crucificado y dos faroles, cantando sentencias temerosas de cosas pertenecientes a la salvacion y tocando la campanilla, y haciendo en los puestos más frecuentes el acto de contrición en la forma que lo solía hacer el V. P. Jerónimo López.

»Viernes, diez y seis, se confesó el estudio y acudió ya mucha más gente, con que hubo que hacer bien este día. El sábado, día de San Antonio Abad, comulgó la ciudad en forma de ciudad, que aquí supone mucho, y el Sr. Virrey con ella y todos los demás ministros y oficiales. Dijoles el Sr. Obispo la misa, y estuvo más de tres horas confesando la gente que acudió, que fué mucha, y hubo bien que hacer no solo en la parroquia de San Cernin, donde estábamos veinte confesores de la Compañía, sino tambien en otras parroquias y conventos.

»El domingo fué mucha más la gente que acudió a confesarse y comulgar así a San Cernin como a las demás partes adonde había confesores, y fué voz comun de todos, que había habido mucha más frecuencia que los días de la Porciúncula. A la tarde

(1) Abreviación de Saturnino.



hubo de una a dos plática en vascuence, a que acudió innumerable gente, por ser mucha la vascongada que hay en esta tierra y entenderla casi todos. De tres a cuatro fué la plática en romance, asistiendo en forma la corte y consejo con el Sr. Virrey. No asistió el Sr. Obispo, porque no suele concurrir con ellos, por no estar ajustados en puntos de cortesía; pero había estado confesando toda la mañana.

»Lunes, diez y nueve, hubo mucha gente, aunque no tanta como los dos días primeros, confesó también el Sr. Obispo, y lo fué haciendo así todos los días siguientes. A la noche salió el acto de contrición por tres partes en la misma forma que la vez pasada, y vino mucha más gente, siguiendo a los que le hacían con grande devoción y silencio; pero siempre se tuvo cuidado de que no viniesen mujeres, así en esta como en las otras ocasiones, por ser de noche y no hacer buena mezcla. Venía en el acompañamiento mucha gente de la más noble y piadosa del lugar.

»Martes, veinte, día de San Fabian y Sebastian, fué el concurso de la gente que confesaba y comulgaba tan grande y aun mayor que el del Domingo. Predicóse en vascuence, como se había hecho el Domingo antecedente y el día de San Antonio, que por ser días aquí como de fiesta, se escogieron para este efecto, porque el auditorio se había de componer de gente que sirve y anda ocupada. Después se platicó en romance con muy grande auditorio, y asimismo le hubo todos los días antecedentes y siguientes hasta el Domingo, precediendo primero la doctrina, y experimentándose siempre singular fruto de todos estos ejercicios. Prevínose, que los que tuviesen confesiones generales las fuesen disponiendo para estos días, por ser más desocupados, y era tanta la gente que había acudido a pedir algún método o instrucción para hacerla, que fué preciso imprimir una en un pliego de papel, que se fué repartiendo de balde a todos los que la pedían, y se experimentó en ello un grande efecto, porque muchos lo dejaban por no hallar modo de prepararse, y con eso se acomodaron bien, y se tiene por cierto que en estos quince días se han hecho en la ciudad más de dos mil confesiones generales.

»Martes, miércoles y viernes siguientes hubo muchas confesiones en San Cernin, y en casa por la tarde no pocas, casi todas generales. Sábado, fué grande la frecuencia de confesiones y comuniones, y igual a los días de San Antonio y San Sebastian, con

haber sido de los más numerosos. A la noche se hizo el acto de contrición con más séquito que nunca.

»El Domingo, veinticinco, es el día de mayor devoción que yo he visto ni se ha visto en Pamplona. Todo lo que se dijere será menos de lo que pasó, y a todos ha parecido un milagro de la mano de Dios tal y tanta conspiración de todo aqueste pueblo y de los circunvecinos a ganar el jubileo de las doctrinas, para el que se señaló aquel día, conforme al breve de Gregorio XV, y se advirtió era condición necesaria comulgar en la parroquia de San Cernin, por haberse hecho allí todas las doctrinas. Madrugamos muy con tiempo todos los de casa, pero mucho más había madrugado un gran número de gente que estaba aguardando que se abriesen las puertas de la iglesia, unos para confesarse y otros para comulgar luego. Todos los conventos y parroquias de Pamplona estuvieron ocupados hasta la una del día, sin poder dar vado a las confesiones. Las comuniones en sola la parroquia de San Cernin pasaron de ocho mil; porque siete mil formas se previnieron, tres mil en casa y cuatro mil en la parroquia, y a las diez del día fué necesario que el Sr. Obispo enviase su mayordomo a pedir limosna de formas por las parroquias y conventos, con que se trajeron otras mil, y con el miedo de que se acabasen, se fueron partiendo muchas. Duraron las confesiones sin poderse levantar ninguno de los que estábamos en San Cernin hasta más de la una, y los demás se detuvieron hasta las dos.

»Muchos se fueron a comulgar a otras iglesias, por no poder llegar en San Cernin, aunque continuamente se daba el Sacramento en tres altares. El Sr. Obispo, saliendo de su casa a las dos y media para venir a la doctrina, se entró por su devoción en la iglesia, y halló que aun estaba la gente comulgando, y nos lo contó con la debida admiración al entrar en casa. Su Illma. dijo este día la misa en la parroquia, y estuvo dando comuniones más de una hora hasta que se le acabaron las formas, y lo dejó no poco fatigado del tropel fervoroso de la gente, porque se verificaba a la letra lo que dijeron los Apóstoles a Cristo: *turbæ te comprimunt*. Los Virreyes y toda su familia y casa comulgaron este día y nos regalaron en refectorio, porque no le faltase su estipendio temporal a la virtud.

»A la tarde se dispuso la doctrina, que fué en su género no menos maravillosa, y dudo yo que haya habido otra más solemne en España. Guiábala el Sr. de Elio, nuestro Patrón, con el lába-



ro de los congregantes, acompañándole toda la nobleza del lugar. Seguíanse los niños de la escuela y los del estudio mezclados con los estudiantes de facultad mayor y muchos ciudadanos de todo género, y entre ellos el buen licenciado Olóndriz, que por ser persona de tanta edad y tan señalada, fué ejemplo a muchos, para que no se desdeñasen de cantar e incorporarse con los niños. Seguía-se luego la Congregación de los clérigos, también en hileras, cantando y respondiendo todos con los niños, y no hacían mucho, pues iba el último de la hilera de la mano derecha el señor Obispo, cantando sin cesar desde que salió la doctrina de nuestra iglesia hasta que llegó a San Cernin. Yo le iba acompañando al otro lado y remataba la ciudad en forma con el Sr. Virrey. Y aun la Sra. Condesa, su mujer, vino a casa con sus hijos e hijas, y la de Cabreza, resueltas a acompañar la doctrina, y lo hubiera ejecutado, a no haber yo pedido a Su Excelencia, que moderase ese fervor, porque no iban otras mujeres y lloviznaba un poco y amenazaba peor temporal.

»Fuimos por Santa Cecilia, la Zapateria y Consejo a San Lorenzo, y cuando asomamos por allí a la calle mayor, ya había mucho tiempo que el lábaro estaba a la puerta de San Cernin. Allí se fué rebalsando toda la gente, porque los que habían faltado tomaron lugar en San Cernin, y estaba la iglesia tan llena, que a duras penas pudo entrar la Ciudad [el Ayuntamiento] con el Sr. Virrey y Obispo. Volvióse dos veces más gente de la que había en la iglesia, y esta estaba tan llena, que concuerdan todos en que no se ha visto en Pamplona concurso semejante. Allí se hizo una plática habiendo precedido la doctrina, en que se dió gracias a todos, y se les exhortó a la perseverancia, con que se dió fin a la solemnidad de la misión, y después se ha andado y anda por los arrabales. El Consejo todo con la corte estuvo en la claraboya.

»Lunes, fuimos a confesar a los presos de la cárcel, y el día siguiente les dió Su Ilma. de comer una muy buena olla, y a cada uno su bula. Llevamos la olla desde su casa con el limosnero y cuatro pages el P. Merino y yo, y allá la repartimos a los pobres, cosa que Su Ilma. ha estimado mucho. Pero nada hay que no se le deba, porque no ha dejado ningún oficio de buen Prelado, ni faltado a medio alguno de cuantos han parecido convenientes para el buen suceso de la misión. Este día hubo también muchas confesiones en casa, de los que no pudieron confesarse el

Domingo, por la mucha gente que había en todas partes. Martes, fuimos al hospital, donde hubo mucho que hacer. Estos días se han gastado en Santa Engracia, los dos siguientes se gastarán en San Pedro, Domingo y Lunes acabaremos en casa. Que ese es el término señalado, para que ganen el jubileo de la misión los perezosos. Con que se acabará esta insigne obra, a que tanto repugnaba el demonio, quizá por ver que había de ser mucho mayor y más colmado que en otras partes el fruto. Dios sea bendito, que así favorece los buenos intentos de éstos sus indignos siervos» (1).

2. Tales eran las misiones que por entonces daban los jesuitas en las ciudades y pueblos crecidos de España. No nos es posible precisar el número ni conocer los nombres de los misioneros que evangelizaron en aquella época. Tan sólo sabemos que fueron muchos, y esto lo inferimos, tratándose de la provincia de Castilla, de un género de documentos que no existían antes y empiezan a verse ahora desde el año 1652. Son los llamados *Catálogos de Misiones* (2). Ordinariamente, cada uno es una brevisísima reseña de las misiones dadas por Padres de la provincia de Castilla durante el espacio de un curso escolar, esto es, de verano a verano. Algunos de estos catálogos se refieren a seis meses, algún otro se extiende hasta el espacio de dos años. Empiezan, como hemos dicho, el año 1652 y terminan en 1695. No aparecen aquí ni discursos, ni mucho menos explicaciones largas de casos particulares y curiosos que hubieran ocurrido durante las misiones. Sólo se precisan en brevisimos términos los pueblos y las diócesis en que se daba misión. Por ejemplo, véase esta noticia del año 1680: «El P. Tirso González, con el P. Miguel de Castro, del colegio de Salamanca, tuvieron quince días de misiones en Ciudad Rodrigo.» No dice más. Por estos catálogos entendemos que, cada año, salían, por término medio, unas quince o veinte parejas de misioneros de los colegios de la provincia de Castilla, para predicar la palabra de Dios en las principales poblaciones de su territorio.

(1) *Castellana 34*. «Breve relacion de lo que ha pasado en la Misión que se ha echo en esta ciudad de Pamplona desde Domingo 11 de Henero Año de 1660.» El autor anónimo de esta relación es, como se ve por el contexto, algún Padre principal del colegio de Pamplona, tal vez el P. Rector, pues acompañaba al Sr. Obispo en la procesión.

(2) Hállanse en el tomo *Castellana, Historia*, II.



Sobre la provincia de Toledo se ha conservado tal cual breve relación que nos da una idea de la actividad apostólica que por allí se desplegaba. Por ejemplo, el P. Pedro Pantoja y el P. Pedro de Morán misionaron continuamente desde Setiembre de 1678 hasta Junio de 1679. Véase el resumen de los pueblos que recorrieron, hecho por ellos mismos: «Muchos y muy grandes lugares hemos recorrido en el espacio de éstos nueve meses de misiones. En las Órdenes, campo de Santiago, la Mancha, hicimos misiones en Villanueva de los Infantes, Terrinches, Albadalejo, Almedina, Santa Crucita, Genave, Veas, Cozar, El Viso, Santa Cruz, Valdepeñas y El Moral. Pasamos al Obispado de Jaén, Ciudad de Ubeda, Las Navas, Santisteban y el Castellar. Después volvimos a las Órdenes de campo de Calatrava, Manzanares, Membrilla, Solana, y, por último, en el Arzobispado de Toledo, Ciudad Real, Malagón, Yébenes, Mora, Torrejón, Cabanilles, Orche, Latanzón, Brihuega y Fuentes. No es posible, en la brevedad de una carta, hacer memoria de los muchos y admirables efectos que se han experimentado en treinta misiones, y así me contentaré con tocar uno u otro de los más principales» (1). Tras esto refiere algunos casos edificantes de conversiones insignes.

Deducimos el fervor con que se trabajaba en la provincia de Aragón, de algunas cartas muy expresivas en que el P. General, Juan Pablo Oliva, da gracias a los Provinciales por los trabajos apostólicos que se llevaban a cabo en la provincia. Véase, para muestra, lo que escribe al P. Antonio Fernández el 2 de Abril de 1678: «Quedo muy consolado con los avisos que me da V. R. de las muchas misiones que se hacen en esa provincia y en particular de las que ha hecho el P. Juan Bautista Catalán en Tarragona, Barcelona y otras partes; el P. Felipe Galbari en Daroca, Zaragoza y otros lugares de Aragón, y el P. Agustín Caverro en Valencia. Prosiga V. R. en fomentar y avivar en todos los colegios este santo ministerio y persuádase que este es uno de los mayores consuelos que me puede dar, y cuide mucho de que sean tratados con especial caridad los Padres misioneros» (2).

Entre los muchos operarios evangélicos que por entonces tra-

(1) *Toletana*, 42. «Relacion de las misiones que han hecho los PP. Pedro Pantoja y Pedro de Moran desde primeros de Setiembre 1678 hasta mediados de Junio de 79.»

(2) Madrid. Arch. hist. nac. *Jesuitas*, legajo 255, Oliva a Antonio Fernández, 2 Abril 1678.

bajaron con más o menos éxito, nos parecen descollar dos, que merecen recuerdo particular. Estos son el P. Tirso González y su compañero, el P. Gabriel Guillén. El primero nació en la pequeña villa de Arganda, provincia de León, el año 1624. Entró en la Compañía en el colegio de Oviedo en 1643, y habiendo recorrido con felicidad toda la carrera de nuestros estudios, fué dedicado, ya sacerdote, al trabajo de la cátedra. Unos diez años perseveró en este oficio, enseñando al principio filosofía y después teología, principalmente en Salamanca. Ya en este tiempo hizo tal cual excursión apostólica y predicó notables sermones, algunos en presencia del célebre D. Juan de Palafox, que por entonces era Obispo de Osma. El P. Juan Gabriel Guillén, aragonés, había nacido en Cariñena el año 1627, y entró religioso, no sabemos por qué razón, en la provincia de Toledo. Cuando acabó sus estudios desempeñó algún tiempo cargos de gobierno en Madrid y en otras casas, pero sus aficiones le atraían irresistiblemente a las misiones. Por una casualidad, o si se quiere por secreta disposición de la Providencia divina, el veterano P. Jerónimo López, cuando ya se acercaba al ocaso de su larguísima carrera apostólica, tuvo ocasión de conocer a estos dos hombres y procuró unir a entrambos en el deseo de consagrarse toda la vida a los trabajos apostólicos. El mismo P. Tirso González nos refiere este incidente con sencilla naturalidad en una carta que dirigió al P. Juan Pablo Oliva el año 1664.

«Conoci, dice, al Venerable P. Jerónimo López, misionero insigne y varón apostólico, en una de las misiones que aquí [en Salamanca] hizo y acompañele en otra. De aquí me nació una afición grande a este ministerio. Hice propósito entonces de hacer una misión todos los años, por lo menos de quince o veinte días, en tiempo de vacaciones. Leídos los sermones de tan insigne varón, procuré imitar su estilo en hacer las misiones, y por la misericordia de Dios he cumplido este propósito todos los años, aun en el tiempo que fui lector de Artes, que es muy ocupado. Este propósito le convertí en voto, que hice, luego que tuve noticia de la muerte de este santo varón y he guardado hasta hoy. Tuve muchas cartas de este celoso ministro del Evangelio, en que me alentaba a este empleo y con santa industria para empeñarme más y despertar mi ánimo con el fervor del P. Diego de Sanvitores, de la provincia de Toledo, dispuso que nos correspondiésemos los dos. Fuese el P. Sanvitores a Filipinas, y siguiendo el



mismo designio, el P. Jerónimo López me dejó encargado que me correspondiese con el P. Juan Gabriel Guillén» (1). Entendiéronse, efectivamente, estos dos hombres apostólicos, y por Enero de 1664 pidieron al P. Oliva, entonces Vicario General, ser destinados para siempre a la gloriosa tarea de las misiones. El P. Oliva recibió con mucho consuelo esta invitación, y con palabras muy expresivas destinó al P. Tirso y al P. Guillén al santo ministerio que ellos pretendían, enviándoles patente especial de misioneros.

Un poco resistió a esta disposición el P. Francisco Cachupín, a la sazón Provincial de Castilla, porque sin duda no quería privar a nuestro colegio de Salamanca del talento escolástico que mostraba el P. Tirso. Envió una carta bien llena de razones a Roma; pero el P. Oliva respondióle diciendo, que aquellas razones no hacían fuerza ninguna, y que ya las había pensado y considerado de sobra, antes de tomar la determinación que había tomado sobre el P. Tirso (2). Ante órdenes tan firmes nadie pudo resistir. Reunidos en Salamanca los PP. Tirso y Guillén, emprendieron sus tareas apostólicas en Setiembre de 1665.

3. Empezaron sus tareas por tierra de Extremadura. Llegaron al pueblo de Valdefuente y allí dieron una breve misión, recogiendo razonable fruto; después pasaron a otros pueblos inferiores, observando la táctica de dividirse cuando los pueblos eran pequeños. En este caso, un misionero en uno y otro en otro, predicaban tres o cuatro sermones, hacían tres o cuatro pláticas o explicaciones de la doctrina, y con algún acto de contrición disponían los fieles al sacramento de la Penitencia. En los pueblos mayores reuníanse los dos Padres, y entonces tomaban la faena más despacio. Solían detenerse seis, ocho o más días, hasta que hubieran purificado las conciencias de todos y entablado algunas santas costumbres en los pueblos donde predicaban.

(1) *Castellana, Historia*, II. Fué publicada esta carta por el P. Elias Reyero en su monografía histórica, titulada *Misiones del M. R. P. Tirso González de Santalla XIII Preósito General de la Compañía de Jesús*.—Santiago, 1913. En esta obra se precisa el itinerario y la cronología de las misiones dadas por el P. Tirso, se reproducen numerosas cartas y otros documentos y se explica la poderosa influencia apostólica que este ilustre misionero ejerció en España. A este libro nos referiremos constantemente en la breve relación que luego sigue.

(2) Reyero, *ibid.*, p. 19.

Después de evangelizar algunos pueblos secundarios, llegaron el 11 de Diciembre a la ciudad de Coria, y como en cabeza de diócesis y pueblo más numeroso, se detuvieron a predicar una larga misión. El Sr. Obispo con el Cabildo asistió a los sermones y apoyó felizmente la acción de los misioneros. Predicaron diez sermones en la Catedral, y después pasaron la misión a otras iglesias secundarias, para que todo el pueblo de Coria escuchase la palabra divina. Oigamos el resultado de estos trabajos tal como lo cuenta el mismo P. Tirso: «La moción, dice, fué extraordinaria; la gente se quedaba aturdida y acudieron con rara devoción sin enfadarse nunca. Quedaron todos en el deseo de frecuentar los Sacramentos, y para esto dejamos en la Catedral el jubileo de la comunión general para todos los primeros domingos del mes, y quedó establecida una congregación de la oración mental, a que acudirán muchos eclesiásticos entre año. Los viernes se leerá una meditación por el P. Luis de la Puente o por Frai Luis de Granada, y [se tendrá un rato de oración mental a boca de noche. En adviento y cuaresma se hará esto tres días a saber: lunes, miércoles y viernes, y este día rematará con misere y disciplina» (1). Observe el lector las costumbres tan piadosas, y que hoy nos parecerían casi impracticables, introducidas por los misioneros de la antigua España en las ciudades principales de nuestro país.

Desde Coria se encaminaron a Ceclavín, y de allí al pueblo de Alcántara, donde había unos ochocientos soldados de guarnición. Todos ellos se aprovecharon bien de la misión, y es curioso lo que nos dice el P. Tirso, que al fin de ella repartieron libritos del P. Eusebio Nieremberg a los sargentos, alféreces y capitanes, para que los hiciesen leer en su compañía. En pos de esta misión vinieron las de Brozas, Arroyo y Garrovillas, y por último a la Cuaresma entraron los dos misioneros en Cáceres.

Una pequeña dificultad se les ofreció en este caso, y fué que ya estaba predicando, como cuaresmero, un P. Dominicó en la iglesia principal. Deseando no estorbarle, dispusieron los dos jesuitas que los sermones de misión fuesen a la tarde, y no se predicase nada a la mañana, para no estorbar los sermones del Padre dominico. Sin embargo, a pesar del cuidado en evitar los roces, no se pudo excusar algún pequeño conflicto, que se procuró com-

(1) Reyero, *ibid.*, p. 57.